

En todo el mundo: Por favor haga uso de nuestros recursos que puede bajar por el Internet sin costo alguno, y están disponibles en todo el mundo.

In **Norteamérica:** Los materiales son enviados en pequeñas cantidades a individuos con el franqueo pagado y sin cargo alguno..

Chapel Library no necesariamente coincide con todos los conceptos doctrinales de los autores cuyos escritos publica.

No pedimos donaciones, no enviamos promociones, ni compartimos nuestra lista de direcciones.

© Copyright 2009 Chapel Library; Pensacola, Florida.

SANTIFICACIÓN

J.C. Ryle (1816-1900)

“Santificalos en tu verdad; tu palabra es verdad”.

(Juan 17:17)

“Pues la voluntad de Dios es vuestra santificación”.

(1 Tes. 4:3)

El tema de la santificación es uno que a muchos no les gusta en absoluto. Algunos incluso lo evitan con desdén y desprecio. Lo que menos les gustaría es ser un “santo,” o un hombre “santificado.” Pero el tema no merece ser tratado así. No es un enemigo, sino un amigo.

Es un tema de suprema importancia para nuestra alma. Si la Biblia es fidedigna, podemos decir con certeza que a menos que seamos “santificados,” no seremos salvos. Hay tres cosas las cuales, según la Biblia, son absolutamente necesarias para la salvación de cada hombre y mujer en el reino cristiano. Estas son: justificación, regeneración y santificación. Las tres se encuentran en cada hijo de Dios quien, habiendo nacido de nuevo, es también justificado y santificado. El que carece de cualquiera de estas tres características no es un cristiano verdadero a los ojos de Dios, y, muriendo en esa condición, no se irá al cielo ni será glorificado en el Día Final.

¿Que quiere decir la Biblia cuando habla de un hombre “santificado”? La santificación es la obra espiritual interior que el Señor Jesucristo obra en un hombre por medio del Espíritu Santo, cuando lo llama a ser un creyente verdadero. No sólo lo limpia de sus pecados con su propia sangre, sino que también lo aparta de su amor natural hacia el pecado y el mundo, pone un nuevo principio en su corazón, y le da una piedad práctica para su vida. El instrumento por medio del cual el Espíritu efectúa esta obra es generalmente la Palabra de Dios, aunque a veces usa aflicciones y encuentros providenciales sin la Palabra (1 Pedro 3:1). La Biblia llama “santificado” al beneficiado por esta obra de Cristo a través de su Espíritu.

El que supone que Jesucristo vivió y murió y resucitó a fin de dar únicamente justificación y perdón de los pecados a su pueblo, tiene aún mucho que aprender. Ya sea que lo sepa o no, está deshonrando a nuestro bendito Señor, y haciendo de él un Salvador a medias. El Señor Jesús ha realizado toda la obra que requiere el alma de sus hijos; no solamente para librarlos de la culpa de sus pecados por medio de su muerte expiatoria, sino también del dominio de sus pecados, poniéndoles en el corazón al Espíritu Santo, no solamente para justificarlos, sino también para santificarlos. Él es, pues, no solamente la “justicia” de ellos, sino su “santificación” (1 Cor. 1:30). Escuchemos lo que dice la Biblia: “Por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados” (Juan 17:19). “Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla habiéndola

purificado” (Ef. 5:25-26). Cristo “se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras” (Tito 2:14). Cristo “llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia” (1 Pedro 2:24). Cristo “os ha reconciliado en su cuerpo de carne, por medio de la muerte, para presentaros santos y sin mancha e irreprochables delante de él” (Col. 1:21-22). Considere cuidadosamente el significado de estos cinco textos. Si las palabras algo significan, enseñan que Cristo obra la santificación, no menos de lo que obra la justificación de su pueblo creyente. Provee ambos en ese “pacto perpetuo ordenado en todas las cosas, y será guardado” (2 Sam. 23:5), del cual el Mediador es Cristo. De hecho, Cristo es llamado: “el que santifica”, y su pueblo: “los que son santificados” (Heb. 2:11).

El tema que consideramos aquí es de tan profunda y vasta importancia, que requiere límites, vigilancia, limpieza, y delineaciones en todo sentido. Nunca podemos hablar demasiado de una doctrina que es necesaria para ser salvos, ni explicarla demasiado. Una manera de alcanzar precisión en nuestra teología es despejar la confusión entre unas doctrinas y otras, lo cual lamentablemente es común entre cristianos, y establecer la relación precisa entre verdades y verdades cristianas. No vacilaré entonces en presentar a mis lectores una serie de proposiciones o declaraciones relacionadas, tomadas de las Escrituras, que creo será útil para definir la naturaleza exacta de la santificación.

(1) *La santificación, pues, es el resultado invariable de esa unión vital con Cristo que la fe verdadera le da al creyente: “El que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto” (Juan 15:5).* El pámpano que no da fruto no es un pámpano viviente de la vida. La unión con Cristo que no produce un efecto en el corazón y la vida es meramente una unión puramente de forma, la cual no tiene valor delante de Dios. La fe que no tiene una influencia santificadora sobre el carácter no es mejor que la fe del diablo. Es una “fe muerta,” porque es “sola”. No es el regalo de Dios. No es la fe de los escogidos de Dios. En resumen, donde no hay una santificación de la vida, no hay una fe verdadera en Cristo. La fe verdadera obra por el amor. Construye al creyente a vivir para el Señor con un profundo sentido de gratitud por su redención. Le hace sentir que él nunca puede hacer demasiado por Cristo que murió por él. Siendo perdonado de mucho, ama mucho. Aquel a quien la sangre limpia, camina en la luz. El que tiene una esperanza viva y verdadera en Cristo, se purifica a sí mismo así como él es puro (Stg. 2:17-20; Tito 1:1; Gál. 5:6; 1 Juan 1:7; 3:3).

(2) *En segundo lugar, la santificación es el resultado de la regeneración y una consecuencia inseparable de ella.* El que es nacido de nuevo y convertido en una nueva criatura, recibe una naturaleza nueva y un principio nuevo, y siempre vive una vida nueva. Una regeneración que alguien cree que tiene, mientras sigue viviendo descuidadamente en pecado o mundanalidad, no es una regeneración que la Biblia enseña. El que es nacido de Dios no comete pecado, hace justicia, ama a su prójimo, Dios lo guarda y vence al mundo (1 Juan 2:29; 3:9-14; 5:4-18). En una palabra, donde no hay santificación no hay regeneración, y donde no hay una vida santa no hay un nuevo nacimiento. Para muchos, esta es una realidad difícil de captar; pero, difícil o no, es una verdad bíblica. La Biblia dice claramente que aquel que es nacido de Dios es alguien en que “la simiente de Dios permanece... y no puede pecar, porque es nacido de Dios” (1 Juan 3:9).

(3) *En tercer lugar, la santificación es la única evidencia segura de que el Espíritu Santo mora en nuestro interior la cual es esencial para la salvación.* “Si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él” (Rom. 8:9). El Espíritu nunca duerme ni está inactivo dentro del alma. Siempre hace conocer su presencia por el fruto que causa que se produzca en el corazón, el carácter y la vida. San Pablo dice: “El fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza” y cosas tales (Gal. 5:22). En la persona en que se encuentren estas virtudes, allí está el Espíritu; la persona donde faltan está muerta delante de Dios. La Biblia compara el Espíritu con el viento, y, como el viento, no puede ser visto por nuestros ojos corporales. Pero así como sabemos que hay viento por el efecto que produce sobre las olas, sobre los árboles y el humo, podemos saber que el Espíritu está en alguien por los efectos que produce en su conducta. No tiene sentido suponer que tenemos el Espíritu, si no “andamos en el Espíritu” (Gal. 5:25). Podemos depender de esto como cosa segura: que donde no se vive en santidad, no hay Espíritu Santo. El sello con el que el Espíritu estampa al pueblo de Cristo es la santificación. Porque todos los que verdaderamente son “guiados por el Espíritu de Dios, estos” y sólo estos, “son hijos de Dios” (Rom. 8:14).

(4) *En cuarto lugar, la santificación es la única señal segura de la elección de Dios.* Los nombres y el número de los elegidos son un secreto que Dios ha guardado sabiamente en su propio poder, y no ha revelado al hombre. No nos es dado a nosotros en este mundo leer las páginas del Libro de la Vida, para ver si están incluidos nuestros

nombres. Pero si hay algo clara y explícitamente demostrado sobre la elección, es esto: que los hombres y las mujeres escogidos pueden ser reconocidos y distinguidos por su vida santa. Está escrito expresamente que son “elegidos en santificación, escogidos para salvación mediante la santificación, predestinados para que fuesen hechos conforme a la imagen del Hijo de Dios y escogidos en Cristo antes de la fundación del mundo para que fuésemos santos”. Por eso, cuando Pablo vio la “fe” y el “amor” obrando y “constancia” en la esperanza de los creyentes tesalonicenses, dijo: “Conocemos de Dios, vuestra elección” (1 Ped. 1:2; 2 Tes. 2:13; Rom. 8:29; Ef. 1:4; 1 Tes. 1:3, 4).

El que se jacta de ser uno de los escogidos de Dios, mientras vive voluntaria y habitualmente en pecado, no hace más que engañarse a sí mismo y blasfemar. Por supuesto, es difícil saber lo que alguien en realidad es, y muchos que parecen ser muy buenos cristianos, pueden en realidad ser hipócritas que tienen un corazón corrompido. Donde no hay por lo menos alguna muestra de santificación, podemos estar bastante seguros de que no hay elección.

(5) *En quinto lugar, la santificación es algo que siempre se notará. Como la Gran Cabeza de la iglesia, de la cual fluye, “no se puede esconder”.* “Cada árbol se conoce por su fruto” (Luc. 6:44). Una persona verdaderamente santificada puede tener tanta humildad, que sólo ve en sí mismo flaquezas y defectos. Como Moisés cuando bajó del Monte, quizá no esté consciente de que su rostro resplandece. Como los justos, en la poderosa parábola de las ovejas y los cabritos, quizá no ve que haya hecho algo digno de atención y reconocimiento por parte de su Maestro: “¿Cuándo te vimos hambriento, y te sustentamos?” (Mat. 25:37). Pero aunque él lo perciba o no, los demás siempre notarán en él un tono, un buen gusto, un carácter y los hábitos en su diario vivir que lo diferencia de los demás. La mera idea de que alguien sea “santificado”, al mismo tiempo que no se puede ver nada santo en su vida, no es más que necedad y un uso equivocada de las palabras. La luz puede estar muy bajita; pero si hay apenas una chispa en un cuarto oscuro, será vista. Alguien puede ser muy débil; pero si tiene algo de pulso, se sentirá. Es exactamente lo mismo con el creyente santificado: su santificación será sentida y vista, aunque él mismo no lo sepa. Un “santo” en quien sólo se puede ver mundanalidad o pecado es un tipo de monstruo que nada tiene que ver con lo que la Biblia enseña.

(6) *En sexto lugar, la santificación es algo de lo cual todo creyente es responsable.* No me equivoco cuando digo esto. Sostengo firmemente que cada persona sobre la tierra debe rendirle cuentas a Dios, y que todos los perdidos no tendrán nada que decir en su defensa en el Día Final. Cada uno tiene poder de “perder su alma” (Mat. 16:26). Pero aunque lo creo, mantengo que el creyente es particular y especialmente responsable, y tiene la obligación especial de vivir una vida santa. No es como otros: muerto, ciego y sin renovación. Está vivo para Dios, y tiene luz, conocimiento y un principio nuevo en su interior. ¿De quién, sino de uno mismo, es la culpa de que uno no sea santo? ¿A quién puede uno echarle la culpa si no es santificado, sino a uno mismo? Dios, quien le ha dado gracia, un nuevo corazón y una naturaleza nueva, lo ha privado de toda excusa si no vive para alabarle a él. Este es un punto que se olvida con demasiada frecuencia. El que profesa ser un cristiano verdadero, pero permanece inactivo, se conforma con un nivel muy bajo de santificación (si es que acaso tiene algo de santificación) y tranquilamente dice que él “no puede hacer nada”, es lastimoso y demuestra ignorancia. Guardémonos contra este engaño y mantengámonos en guardia. La Palabra de Dios siempre dirige sus preceptos a creyentes como seres responsables que rinden cuentas. Si el Salvador del pecador nos da su gracia renovadora y nos llama por medio de su Espíritu, podemos estar seguros de que espera que usemos esa gracia, y que no nos durmamos. Olvidar esto es la causa por la que muchos creyentes “contristan al Espíritu”, y terminan siendo cristianos muy inútiles y entorpecedores.

(7) *En séptimo lugar, la santificación es algo que crece.* Uno puede escalar de un peldaño a otro en santidad, y ser mucho más santificado en un periodo de su vida que en otro. Esto no significa que sea alguna vez más perdonado y más justificado que cuando creyó por primera vez, aunque quizás sea más sensible de que lo es. Pero ser más santificado sí puede ser, porque cada gracia en su nueva vida puede ser reforzada, engrandecida y profundizada. Sin lugar a dudas, éste es el significado de la última oración de nuestro Señor por sus discípulos, cuando dijo: “Santificalos”, y de la oración de Pablo por los tesalonicenses: “El mismo Dios de paz os santifique” (Juan 17:17; 1 Tes. 5:23). En ambos casos la expresión implica sencillamente la posibilidad de un incremento en santificación; mientras una expresión como “justificalos”, en las Escrituras no se aplica a un creyente porque no puede ser más justificado de lo que ya es. No puedo encontrar ninguna declaración en las Escrituras para la doctrina de “santificación imputada”. Según mi opinión, es una doctrina que mezcla cosas que son distintas, y lleva a muy malas consecuencias. Y algo importante para añadir es que es una doctrina que los cristianos más estudiosos y eruditos niegan. Si hay un punto en el cual los santos más santificados coinciden, es que ellos mismos perciben

más, saben más, sienten más, hacen más, se arrepienten más y creen más, a medida que avanzan en esta vida espiritual, y en la proporción de lo cercanos que están de Dios en su diario vivir. En suma, “crecen en gracia”, tal como Pedro exhorta a los creyentes que hagan; y abundan “más y más”, como dice Pablo (2 Ped. 3:18; 1 Tes. 4:1).

(8) *En octavo lugar, la santificación es algo que depende mucho de un uso diligente de los medios de las Escrituras.* Cuando hablo de “medios”, me refiero a la lectura bíblica, la oración privada, la asistencia regular a los cultos de adoración, a escuchar la Palabra de Dios y participar de la Cena del Señor con regularidad. Lo presento como una simple realidad: que ninguno que descuida tales prácticas puede esperar mucho progreso en su santificación. No sé de ningún registro de ningún santo eminente que las haya descuidado. Son los canales por medio de los cuales el Espíritu Santo hace llegar provisiones frescas de gracia al alma y fortalece la obra que comenzó en el hombre interior. Algunos pueden llamar legalista a esta doctrina, pero yo nunca dejaré de creer que no hay “logros espirituales sin dolores”. Así como no tendría ninguna esperanza en la prosperidad de un agricultor que se conforma con sembrar sus campos sin vigilarlos hasta la ciego, no tenga ninguna esperanza de que un creyente logre mucha santidad si no es diligente en la lectura bíblica, sus oraciones y el uso de sus domingos. Nuestro Dios es un Dios que obra usando medios, y nunca bendecirá el alma del hombre que cree ser tan superior y espiritual que puede prescindir de ellos.

(9) *La santificación es algo que no impide que el creyente no tenga algún gran conflicto espiritual interno.* Por conflicto me refiero a una lucha dentro del corazón entre la vieja naturaleza y la nueva, la carne y el espíritu, que se encuentran lado a lado en cada creyente (Gál. 5:17). Un sentir profundo de esa lucha y una inquietud mental inmensa a raíz de ella, no son evidencias de que alguien no sea santificado. No, al contrario, son síntomas saludables de nuestra condición, y comprueban que no estamos muertos, sino vivos. El verdadero cristiano no tiene solamente paz de conciencia, sino guerra por dentro. Puede ser conocido por su guerra al igual que por su paz. Al decir esto, no olvido que estoy contradiciendo los puntos de vista de algunos cristianos con buenas intenciones, que sostienen la doctrina llamada “perfección libre de pecado”. No lo puedo evitar. Creo que el lenguaje de Pablo en el séptimo capítulo de Romanos confirma lo que digo. Recomiendo a todos mis lectores que estudien dicho capítulo con cuidado. No creo que describe la experiencia de un hombre inconverso, ni de un cristiano joven e inmaduro, sino la de un santo con experiencia, en comunión cercana con Dios. Nadie más que alguien así puede decir: “Según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios” (Rom. 7:22). Creo, además, que lo que estoy diciendo ha sido y es la experiencia de todos los siervos de Cristo más consagrados que jamás hayan vivido. Encontramos la evidencia completa en sus diarios, sus autobiografías y sus vidas. Porque creo esto, nunca dejaré de decirle a la gente que el conflicto interno no es evidencia de que alguien no sea santo, y que no deben pensar que no sea santificado porque todavía tiene luchas en su interior. Sin duda en el cielo estaremos libres de ellas, pero nunca en este mundo. El corazón del mejor cristiano, aun en su mejor momento, es un campo ocupado por dos campamentos rivales, y la “reunión de dos campamentos” (Cant. 6:13).

(10) *En décimo lugar, la santificación es algo que no puede justificar a la persona, pero aun así complace a Dios.* Esto parece maravilloso, y lo es. Las acciones más santas del santo más santificado que jamás haya vivido tienen defectos e imperfecciones. O son malas en sus motivaciones o defectuosas en su ejecución, y no son más que “pecados espléndidos”, merecedores de la ira y condenación de Dios. Suponer que tales acciones pueden salir airoso de la severidad del juicio de Dios, expiar el pecado y merecer el cielo, es simplemente absurdo. “Por las obras de la ley ningún ser humano será justificado... Concluimos, pues, que el hombre es justificado por fe sin las obras de la ley” (Rom. 3:20, 28). La única justicia con la cual podemos aparecer delante de Dios es la justicia de otro: la justicia perfecta de nuestro Sustituto y Representante, Jesucristo el Señor. Su obra, y no la nuestra, es lo único que nos da derecho al cielo. Esta es una verdad por la cual que deberíamos estar dispuestos a morir.

Aun así, la Biblia claramente enseña que las acciones de un hombre santificado, aunque imperfectas, son agradables a los ojos de Dios. “De tales sacrificios se agrada Dios” (Heb. 13:16). “Obedeced a vuestros padres en todo, porque esto agrada al Señor” (Col. 3:20). “Hacemos las cosas que son agradables delante de él” (1 Juan 3:22). No olvidemos esto jamás, porque es una doctrina muy reconfortante. Tal como a un padre le agradan los intentos de su pequeño niño de agradarle, aunque sea únicamente cortar una margarita para regalarle o caminar de un lado de una habitación a otro para estar con él, se agrada nuestro Padre en el cielo con las pobres obras de sus hijos creyentes. Él mira el motivo, el principio y la intención de sus acciones, y no meramente su cantidad y calidad. Los estima como miembros del cuerpo de su Hijo amado, y por causa de él, cuando un miembro de su cuerpo es bueno, siente complacencia.

(11) *Además, la santificación es algo que será absolutamente necesaria como testigo de nuestro carácter en el gran Día del Juicio.* Será totalmente inútil argumentar que creíamos en Cristo, a menos que nuestra fe haya tenido algún efecto santificador que se haya visto en nuestra vida. Evidencias, evidencias, evidencias, será lo que el Señor buscará cuando el gran trono blanco sea establecido, cuando se abran los libros, cuando las tumbas entreguen a sus muertos y cuando éstos comparezcan ante el tribunal de Dios. Sin algo de evidencia de que nuestra fe en Cristo era verdadera y genuina, sólo resucitaremos para ser condenados. No puedo encontrar ninguna evidencia que sea admitida en ese día, excepto la santificación. La cuestión no será cómo habíamos hablado y lo que habíamos profesado, sino cómo habíamos vivido y lo que hicimos. Nadie se engañe a sí mismo respecto a esto. Si algo cierto hay acerca del futuro, es que ciertamente habrá un Juicio; y si algo cierto hay acerca del Juicio, es que en ese momento las “obras” y los “hechos” serán considerados y examinados (Juan 5:29; 2 Cor. 5:10; Apoc. 20:13). El que supone que las obras no tienen importancia, porque no pueden justificarnos, es un cristiano muy ignorante. A menos que abra los ojos, descubrirá para su propio mal que si comparece ante el tribunal de Dios sin alguna evidencia de gracia, le hubiera sido mejor nunca haber nacido.

(12) *En último lugar, la santificación es absoluta-mente necesaria para entrenarnos y prepararnos para el cielo.* La mayoría espera llegar al cielo al morir; pero pocos, lamentablemente, no se toman la molestia de considerar si disfrutarían del cielo. El cielo es esencial-mente un lugar santo. Sus moradores son santos, sus ocupaciones son todas santas. Para ser realmente felices en el cielo es claro e indudable que debemos entrenarnos y prepararnos para él mientras estamos en la tierra. La noción de un purgatorio después de la muerte, que convertiría a pecadores en santos, es una invención mentirosa del hombre, y no se enseña en ningún lugar de la Biblia. Debemos ser santos antes de morir, si hemos de ser santos posteriormente en gloria. La idea favorita de muchos de que el moribundo no necesita nada excepto la absolución y el perdón de los pecados para habilitarlo para su gran cambio, es un gran error. Necesitamos la obra del Espíritu Santo al igual que la obra de Cristo; necesitamos la renovación del corazón al igual que la sangre expiatoria; necesitamos ser santificados al igual que justificados. Es común escuchar a un moribundo en su lecho de muerte decir: “Yo sólo quiero que el Señor me perdone de mis pecados, y me lleve a su descanso”. ¡Pero aquellos que dicen tales cosas olvidan que el descanso del cielo sería completamente inútil si no tuviéramos disposición para disfrutarlo! ¿Qué haría un hombre no santificado en el cielo, si por casualidad llegara a él? Consideremos esta pregunta objetivamente, y contestemos objetivamente. Nadie puede ser feliz en un lugar donde no está en su elemento, y donde nada en su entorno congenia con sus gustos, hábitos y carácter. Cuando un águila esté feliz en una jaula de hierro, cuando una oveja esté feliz en el agua, cuando un búho esté contento en el ardor del sol de mediodía, cuando un pez esté contento sobre tierra seca, entonces, y no hasta ese entonces, admitiré que un hombre no santificado pueda estar feliz en el cielo.

Presento estas doce proposiciones acerca de la santi-ficación con la firme creencia de que son ciertas, y pido a todos los que leen estas páginas que las mediten seria-mente. Cada una de ellas merecería una exposición más amplia y completa, y todas merecen reflexión y conside-ración personal. Algunas de ellas pueden ser disputadas y refutadas, pero dudo si alguna pueda ser descartada o comprobada falsa. Yo únicamente pido una consideración objetiva e imparcial. Creo en mi concien-cia que son aptas para ayudar al creyente a formar con-ceptos claros de la santificación.

